



A la izquierda, estatua de Fernando de Rojas en La Puebla de Montalbán. Derecha, claustro de la Colegiata de Talavera. Al fondo, sobre un sencillo monumento, se colocará la urna con los restos del insigne escritor

EL ÚLTIMO DESTINO DE FERNANDO DE ROJAS

Dos pueblos se disputan los restos del autor de «La Celestina».

UNO de los más atractivos enigmas, de los muchos que proporciona la literatura española, es el que constantemente ha envuelto la personalidad de Fernando de Rojas. ¿Por qué causa se ha considerado anónimo un texto que llevaba al frente —en versos acrósticos— el nombre, la condición y la villa natal de su autor? ¿Por qué se discute hoy todavía sobre la intención última de esta obra, la segunda en importancia, después del «Quijote», de nuestra literatura, a decir de muchos?

La figura de Fernando de Rojas ha soportado siempre una especie de sombra, de maldición o de censura, fomentada de parte de los propios estudiosos. Ya en el Siglo de Oro su nombre no figuraba en los repertorios de autores insignes y, desde entonces, no ha tenido mejor suerte. No sólo no ha prestado su título a ninguna calle de Madrid, no sólo su nombre es confundido por algunos con el de Francisco de Rojas Zorrilla, sino que cuando se le menciona se hace (todavía en la crítica relativamente reciente) como si no se tratara de un ser humano, sino de una ficción, de una especie de conjetura. La crítica ha intentado deliberadamente separar al creador de la creación y en cierta medida lo ha logrado: muchos no asocian el nombre de la obra inmortal al de autor conocido. Sin embargo, sabiendo que aquélla no pudo darse sin éste y tratándose de obra tan singular, todo lo que concierne a la mente genial que hay detrás tiene que ser necesariamente importante. En muchos otros casos, se suelen estudiar hasta los mínimos detalles de la vida de un autor para explicar sus escritos, para darles así toda su dimensión y significado. Pero, tratándose de Rojas, aún hay quien se empeña en negarle no sólo la paternidad, sino hasta la propia existencia.

Por **Manuela SUAREZ COTARELO**
Fotos: **Teodoro NARANJO**

Las razones de esta «conjuración del silencio» son varias, pero todas unidas a un dato cierto: la ascendencia judía de Fernando de Rojas. Su familia, él mismo, a pesar de tres generaciones de bautizados, era «conversa», esto es, sospechosa, y los Rojas eran cristianos nuevos. Las sombras que ese estado atrajo a su casa aún querrían proyectarlas algunos sobre su memoria. Conocida desde hace tiempo su filiación por documentos que la prueban sin lugar a dudas (los primeros fueron publicados hacia 1902), esta circunstancia ha desanimado a muchos conocedores de considerar su biografía. Los orígenes hebraicos de muchas figuras españolas han sido sistemáticamente negados (en el caso de Rojas, en fecha tan reciente como 1967, y por un intelectual como Caro Baroja); y luego, cuando ya no se puede mantener la negación, pasados por alto. Así de enraizada sigue, después de cuatro siglos, la creencia de que sólo la casta de los cristianos viejos era verdaderamente española y verdaderamente honorable. Hay aún hispanistas que creen que el sacar a la luz la ascendencia de un Rojas o de un Diego de San Pedro (por no hablar de una Santa Teresa de Ávila) equivale a borrar sus obras de la lista honorífica nacional. De aquí que, al contrario que Cervantes (cuyo probable origen converso carece afortunadamente de pruebas documentales), Rojas haya tenido que esperar como biógrafo a un discípulo norteamericano de Américo Castro, Stephen Gilman, que con «La España de Fernando de Rojas» ha dado a la luz, por fin, una obra definitiva en este sentido.

HISTORIA DE UN OLVIDO

Pero el olvido —y el agravio— hacia la figura de Rojas ha llegado aún más allá de su biografía: ha alcanzado hasta sus propios huesos. El próximo día 30 de mayo hará doce años que los restos mortales del bachiller «reposan» en un armario del despacho del alcalde, en el Ayuntamiento de Talavera de la Reina.

Semejante situación —impensable en cualquier otro país del mundo culto— tiene origen en la demolición definitiva del ruinoso convento talaverano de la Madre de Dios, en el que desde 1548, año de su muerte, se encontraba enterrado el escritor. Este hecho obligó a proceder antes que nada a la exhumación de sus restos, cuyo emplazamiento era conocido a partir de las investigaciones del diplomático don Luis de Careaga y Echevarría, cónsul de España en Nueva Orleans, que en marzo de 1936, en el curso de unas vacaciones, había descubierto la existencia de tres enterramientos en el presbiterio de la iglesia conventual.

A pesar de no existir ya ninguna placa ni lápida que los identificara, el lugar era exactamente el mismo que describen las «Memorias» de Juan de Rojas (bisnieto del autor), felizmente conservadas, junto con otros documentos, por don Fernando del Valle Lersundi, también descendiente directo del bachiller, y que ahora, fallecido don Fernando, obran en poder de su hija.

El enterramiento que se supone correspondía al bachiller era el situado precisamente en el centro, en una posición anómala, esto es, echado sobre el lado izquierdo y la cabeza descansando sobre la mano, así como él se describía: «Assaz vezes retraydo en mi cámara, acostado sobre mi propia mano, echando mis sentidos por ventores e mi juyzio a bolar...» El cuerpo estaba cubierto todavía por algún jirón del hábito de San Francisco, que fue